

# LA BOHEMIA ALLEGRE

PUBLICACION MENSUAL

AGENCIA: Local de la Academia de Medicina.

## DECADENCIA—DEGENERACION

La crítica esgrime sin piedad su látigo sobre la espalda de esa escuela literaria que fundada en las riberas del Sena por unos cuantos amanerados y afeminados, ha tardado poco en encontrar imitadores y hacer prosélitos entre los neuróticos ó pretendidos tales de aquende el mar que se han infiltrado de la tendencia con grave perjuicio de la estética y buen nombre de la literatura hispano-americana y del suyo propio; pero como ellos no se dan por notificados y siguen dando á la estampa sus *hexámetros* y *polícromos*, cuando no *sinfonías de color lila bemol* ó *solfa internal* ó de *tintes de bostezo angélico* ó de *auschecer híbrido* ó *politémico*, y lo que es peor, encarrilando, ó más bien descarrilando inteligencias que podrían ser prez y honra de las anémicas letras patrias, por su extravagante vereda, no estará mal lanzar una excomunión más—de diácono—como de nuestra pobre pluma, pero de todo corazón, sobre esa tortilla literaria, digna, si fuera cosa de cocina, de la mesa de un mandarín chino, “de cuarta clase y de botón azul”, para figurar en compañía de los nidos de golondrina, los guisotes de perrito y los encurtidos de escama de tiburón y yerba de tejado.

Y no se extrañe la dureza; la merece; si por nosotros fuera, se impediría la circulación de aquellos *disparates cromáticos* con mayor celo que la de escritos revolucionarios.....

El decadentismo como escuela literaria ha dado en el clavo tomando tal nombre; otro mejor solo habría sido “la degeneración”, que en verdad, solo ese fenómeno de retroceso, de corrupción y debilitamiento de los organismos individuales, sociales, políticos, religiosos etc., que se dicen degenerados, ha podido al extenderse, abarcando el campo de las letras, dar esos resultados. Las familias que degeneran por cualquier causa, producen idiotas, suicidas, locos, alcohólicos por tendencia, ó séres deformes en todo sentido; los decadentes son quizá los deformes y maniacos de la familia literaria. El idioma castellano en su poder, ese hermoso idioma de El Fénix de los ingenios, de Cervantes, Quevedo, Garcilazo y Tirso de

Molina, aparece como visto en el momento de mirarse á un espejo cóncavo ó convexo.

¡La novedad!: la novedad! se alega. ¡Quedaos con esas vejeces de los viejos hablistas peninsulares! ¡vestid como ropaje literario la chupa, los zapatos de hebilla y el sombrero de plumas; más aún, calzad la espuela dorada y colgad al cinto la tizona caballeresca! gritan esos titulados progresistas á los que no quieren seguirlos ó tratan de detenerlos ¡y bien! sería mejor hacerlo así; la novedad ya puede buscarse retrospectivamente aunque parezca el decirlo una paradoja; Alejandro Dumas dijo: "Es una fortuna que el mundo olvide, porque en verdad yo creo que todo está dicho." Y en todo caso, si la novedad ha de obtenerse al precio de la pureza y legitimidad del idioma, prueba será de que éste ha dado cuanto tenía y nada más puede dar, ó de que los buscadores están bien pobres de recursos imaginativos y deben renunciar á su empresa tan fecunda en resultados maleantes para todos, semejante á la de los sastres y modistas que un día cansados de hacer vestidos de ciertos cortes y no pudiendo hallar otro nuevo y racional, al tiempo que aceptable, tomaran un poco de ajeno ó otra droga y el partido de manejar las tijeras al compás de las fantasías generadas en el cerebro por esos excitantes. Y aun sería, nos atrevemos á afirmar sin temor de errar en mucho, menos grande y antiestético el resultado para el vestir, que el obtenido por los noveles literatos para el bien hablar. Ya el ensayo aparece: las modistas han introducido en su arte—y sobretodo las encargadas del ramo de sombrería femenina—tendencias manifiestamente rubendariacas sin que el efecto haya sido en un todo desastroso, en tanto que los fantásticos escritores enamorados del sistema ése, producen y producen sus pasteles literarios color de cualquier cosa, pero sabor de bálsamo de Fierabrás y efecto de purgante exagerado.

Su obra en verdad tiene mérito aunque no sea meritoria; para ser literato decadente debe necesitarse inteligencia, sobretodo para la poesía, y no poca; sin ella ¿cómo combinan aquellas partes raras, dicciones coloreadas de tintes chillones, extravagantes con piezas de algún complicado artefacto chino? ¿cómo dar ritmo, consonancia, figura á esos arabescos descabellados, á aquellas fusiones y confusiones de palabras retorcidas y desfiguradas como una jaula de alambre comprimida por un peso grande, cuya apariencia final produce como ciertos géneros á cuadrillos ó á listas un desvanecimiento? No hay remedio, la inteligencia debe ser necesaria y en no escaso grado; solo que, ¡lástima de ella! valdría más haberla dedicado al cultivo de cualquier cosa, de patatas por ejemplo, que al de las letras para destrozarlas.

Rubén Darío es el corifeo más distinguido del decadentismo en hispano-américa. Ha hecho cosas bellas, no hay duda;

sus versos á la seguidilla tienen estrofas dignas del cincel de un Benvenuto Cellini del lenguaje, y va la muestra:

La andaluza hechicera, paloma arisca,  
Por tí irradia y se agita, vibra y se quiebra  
Con el lánguido gesto de la odalisca  
Y las fascinaciones de la culebra

entre otras que recordamos. En "Invernal" hay también belleza aunque acentúa mucho la tendencia decadente. Tiene su verso un tinte vago, una resonancia cual de la caja de un mandolín acabado de tañer, dulzura y rudeza entremezcladas, y en general una perfección de detalle artístico ó más bien artificioso, hija de relaciones directas con la musa. Sí, Rubén Darío es poeta, la musa es complaciente con él, quizá demasiado, no obstante sus profanaciones, que las comete algunas veces dejándose llevar por su tendencia con exceso y mezclando así oropel al metal realmente precioso. Y es que no se le puede llamar decadente en absoluto; usa el género para su prosa que es casi toda, gracias á esa circunstancia, detestable; pero en la versificación, aunque incurre en el pecado, no se entrega á él en absoluto. Pudiera decirse que como ciertos bebedores, que empiezan apenas, toma incidentalmente la poción decadente mezclándola más bien á otras bebidas como el ajeno al jarabe, ó el ron al agua gaseosa. Se ve en ocasiones lo que pudiera llamarse las náuseas literarias que ha sufrido el poeta por querer embriagarse con el brebaje. Y sin embargo es el gran decadente de la literatura de la América latina, pero creemos que esa fama la ha conquistado con la ya nombrada prosa que, eso sí, está en absoluto viciada y es incurable.

Nos detenemos un poco en la personalidad de Rubén Darío porque vale la pena, porque es casi digno de atención entre los muchos sometidos á la consideración del que lee con frecuencia producciones literarias.

En él hay dos literatos: un poeta de sentimiento inspirado y original unido á otro víctima de un error de actualidad, el decadentismo. El contacto ha sido fatal para el primero; viviendo en compañía con el otro, con el atacado, se le juzga en un todo contaminado: el contagio, si ha tenido lugar, era inevitable pero no ha envuelto en absoluto al poeta el neurasténico. De otro modo: el poeta sufre ataques pero no se halla á toda hora bajo la influencia del mal. Si vamos al prosista, al autor del "Velo de la reina Mab" y de otras cosas, ya es distinto. Es el idioma castellano suprimido, cayendo á pedazos como la carne de un leproso; si se encuentra un pedacito de aspecto sano, es aspecto y nada más; no hay nada, ni fondo ni superficie; aquél queda suprimido de hecho; desde que uno es literato decadente, se deja de pensar en elementos de idea, de plan, de argumento mismo; el literato de-

cadente no puede pensar en dar á sus (*soy-dissant*) filigranas, fondo, firmeza ú objeto, como no puede quien se dedique á cuidar meticulosamente su persona, cazar jabalíes, derribar robles ó encinas gigantescás, ó distinguirse luchando con séres atléticamente constituídos. La superficie para los que se han enamorado del género, no puede ser luminosamente hermosa, como son delicado manjar para los habitantes de ciertas partes de Africa los huevos de cocodrilo y otras extravagancias; pero los acostumbrados á diferentes concepciones de lo bello, el efecto de dichas superficies es simplemente el mismo que pudiera ser para un paladar civilizado los huevos aludidos y demás componentes del *menu* cafre ó zambesiano. Nada, ni siquiera ingenio hemos encontrado allí, nada más que extravagancia, vacío, locuras, ese amontonamiento de palabras teñidas de falsos colores ó desteñidas de los propios, recortadas ó con añadiduras que los críticos han llamado acertadamente en cuanto á nosotros, es decir, á la literatura de nuestra raza se refiere, *rubendariquismo*, puesto que ha sido él, el bardo nicaragüense, el que en dicha literatura ha tenido, en prosa sobre todo como queda dicho, una fisonomía decadente más demarcada y una inteligencia más distinguida, no porque haya sido el fundador del estilo, que ya en Francia había hecho su aparición.

Las producciones *rubendariacas* de Rubén Darío y de la *troupe* de imitadores de ellas, de la escuela en general, tienen la especial cualidad de dejar un profundo vacío en el espíritu; acabado de leer uno de sus cuentos de *Azul* ó de *color de rábano ruso* ó de cualquiera de esas tonterías, se queda como si nada se hubiera leído; como las ideas se suprimen por principio y solo se ha recorrido un conjunto de palabras desfiguradas muchas y de escaso sentido, el efecto de la lectura es el mismo que el de mirar las líneas de un papel sin escritura, ó poco menos. Se ha suprimido la tendencia; los productos decadentes no tienen fin, no saben á nada, no se inclinan al pesimismo de gusto amargo y repugnante á veces, pero siempre atractivo, ni al optimismo sabroso á miel, de suave efecto como de aceite de macassar, que idealiza y provoca al ensueño encantador, que engaña como la morfina al doliente haciendo ver tintas de ópalo y rosa sobre las negruras, encantos de fé sobre la duda, ideales vestiduras sobre los harapos.....no toma sus colores de la soberbia paleta naturalista que da á los pintores de esa escuela todas las tonalidades y colorismos de la naturaleza, con las aristas bruscas de las rocas y los contornos suaves de las colinas, la pureza de las arenas de la playa y el todo del corral hollado por los cerdos, la grandeza de los caracteres firmes y elevados que caen y la pequeñez de otros que suben por esa misma pequeñez como los miasmas del pantano que el calor solar eleva.....ni es tampoco el prisma del idealismo que añade bondad á la belleza, color á la rosa cuyas espinas supri-

me, alas al pesado cuerpo que desea la fruta tan hermosa pero tan alta; lógica á los hechos, á los agentes naturales y sociales para que el culpable sea siempre castigado y el justo y virtuoso palpe su recompensa desde luégo, para que el éxito venga tras de el esfuerzo, nada, nada; el decadentismo á ninguna parte va y de parte alguna viene; sistemas nerviosos sobreexitados, nada más. La belleza de la forma aunque la forma sea de espuma, de algo menos sólido aun, es la última excusa del estilo; el espíritu moderno, se dice, tiene mucho que hacer con las diarias preocupaciones y trabajos para que piense más allá; la literatura es para solaz, y para solaz, no necesita más que formas hermosas aunque sean de gasa! Pero nosotros contestamos: vaya por la hermosura pero que lo sea, vaya por las construcciones ligeras, inconsistentes como la niebla pero realmente hermosas; si la necesidad del momento, la exigencia de la época es ésa, bien, que se satisfaga con filigranas aéreas pero realmente bellas, halagadoras; ¿cuáles? ¿dónde se las encuentra?, ¿quién las fabrica? no contestéis que los cuentos y versos decadentes que hay en los libros azules ó lilas ó cromáticos, fabricados por los poetas tales de esa escuela. No, si la exigencia de la época es la dicha y se quiere satisfacer de ese modo, no está satisfecha porque si el decadentismo tiene lijereza é inconsistencia carece de belleza, lo bello no es lo estrambótico ni podrá serlo mientras no se altere el ideal, el carácter, el sentimiento estético formado en el cerebro humano poco á poco sobre bases inalterables; los gustos pueden cambiar en cuanto á las formas y proporciones, pero el material, la belleza, es el mismo y todo cambio que pretenda introducirse en él, será recibido con protesta universal; en vano se querrá dar á lo amoldado con barro el valor en hermosura de lo esculpido en mármol, y en vano se querrá relegar al polvo, para sustituirla por fantástica y deforme figura, la belleza majestuosa de la Venus de Milo.

La belleza es una, sus manifestaciones artísticas no cambian. Los modelos admirables de la estatuaria antigua hicieron aclamar á sus autores como hijos de los Dioses por su contemporáneos; por la posteridad, simplemente como genios. Genio es en el arte el que concibe formas sublimes de belleza, y donde no hay belleza, no puede haber manifestaciones de genio. La literatura es arte; en su campo caben las concepciones sublimes, las bellezas esplendorosas, los genios; pero desde el momento en que se suprime la belleza legítima, el material, como hemos dicho, desde el momento en que se cambie el mármol por arcilla y se llame bello lo estrambótico y monstruoso, desaparecerá el genio de las regiones literarias; más aún, el arte verdadero quedará muerto.

¡No más decadencia! ¡No más degeneración! ¡Dése á esos neuróticos un poco de bromuro de potasio y unas leccio-

nes de métrica y gramática castellana que buena falta les hacen; si no se curan, á una casa de sanidad!

EMILE DRAVICK.



## EN SOLEDAD

*A Joaquín Pinillos*

Sobre la cuesta vertical que forma  
La deleznable y pavorosa falda;  
Al borde de un abismo, en el descanso  
De la altiva montaña;

Batida por los vientos de la noche,  
Régada por la luz de la mañana;  
Siempre sumida en la quietud y el sueño,  
Está mi humilde casa.

Tiene por sientto rocalloso lecho;  
Por cortinaje, la movible franja  
Que lenta sube, vaporosa niebla,  
Desde el profundo Cauca.

Moles oscuras, agrietados riscos,  
De tarde asombran sus paredes blancas,  
Como se nublan, del dolor al paso,  
Los piélagos del alma....

Su aspecto es triste.... Su techumbre arropa  
Al sér doliente que á sus puertas llama:  
Potente imán que hacia su seno atrae  
Las palpitantes llagas.

Vasto horizonte, ilimitado cielo,  
Vense al través de lóbregas ventanas,  
Cual de las nubes al través sombrío  
Miró Jacob su escala.

Aquí vivo, teniendo en la penumbra  
Por paisaje las crestas desoladas,  
En donde el genio del trabajo bate  
Sus poderosas alas.

Aquí, oyendo los ecos del torrente,  
Al sacudir sus linfas desgredadas;  
Do las rocas semejan misteriosos  
Vivaques de fantasmas.

Surcan la torva y desigual pendiente,  
Tras mi vivienda, rugidoras aguas,  
Como salpican de un anciano el rostro  
Las calcinantes lágrimas.

De albo ropón ceñido, en los confines  
Eleva el Ruíz su frente solitaria:  
Ultimo copo que rodó, brillante,  
De nívea catarata.

Lúgubres son y amargos los recuerdos  
En estos riscos cuando el sol se acaba,  
Porque parece que la sombra envuelve  
Rumores de plegaria....

Yo recojo el acento de las brisas,  
Y oigo el clamor del huracán que pasa:  
Clamor y acento que mi ser transportan  
A cimas encumbradas.

Y entonces sueño.... De mi mente expulso  
La que antes fue reminiscencia ingrata;  
Olvido entonces de siniestra turba  
La sorda carcajada.

Nadie ¡ ay! en medio de las negras noches  
Ve doblegarse yá mi sien cansada,  
Cabe una pobre y temblorosa lumbre  
Que ilumina mi estancia!

Y nadie viene, como en otros días,  
Lejanos ¡ ay! y de memoria santa,  
A interrumpir los tétricos suspiros  
Que entre mis labios vagan!

Ah! Sí! Yo he visto errantes y en silencio,  
Unas tras otras en la obscura sala,  
Tranquilas sombras penetrar: sus ojos  
Tienen hondas miradas.

Con mano firme, sobre eterno libro  
Hanme enseñado á descifrar las páginas,  
Que á igual de inmenso y poderoso lente  
Me muestran la Esperanza.

Y he contemplado luégo entre el incierto  
Lampo de luz con que se viste el alba,  
Aún en pie, á mi lado, de mi madre  
La sombra veneranda....

Y vuelvo á ver las verticales peñas;  
 La pavorosa y hórrida montaña;  
 El borde del abismo, y el descanso  
 Do está mi humilde casa....

29 de Septiembre de 1893.

F. A. MONTOYA KENNEDY.



## EL PRESUNTUOSO

Quién no lo conoce? Quién no lo ha visto alguna vez? El *presuntuoso* es, por desgracia, uno de los séres que más abundan en nuestra sociedad. Se conoce á la legua: en su modo de vestir, de hablar, de caminar; en fin en todos sus actos. Además lleva un inseparable compañero: el ridículo. Examinemos este tipo social en sus tres principales escenarios.

### EN SU CASA

Se levanta á las nueve por lo regular: llama á su criado, le pide la ropa y mientras se viste entabla un monólogo al tenor del siguiente:

—Oh! que tarde es. Las nueve y media! Y yo que tenía una cita con el Ministro H. á las nueve. Qué dirá? (Pausa). Vaya!, diga lo que quiera, no me importan ni él, ni todo el tren del Estado. Me ha mandado llamar sin duda para ofrecirme un alto puesto en el ministerio. Lo rehuso de antemano; un joven de mi alcurnia no necesita de semejantes destinos para vivir. Me cree muy poca cosa sin duda. A mí! un descendiente de los Villa-Lobos!! Pobre Ministro; debiera estar en el Manicomio.... Caramba con la malhadada camisa!; me ha pellizado el cuello. Se conoce que aquí no saben ni aún aplanchar; como estamos tan atrasados! No me explico cómo hay gente que diga que *avanzamos*. En París ... Estos pantalones verde-mar me sientan á las mil maravillas pues han sido cortados nada menos que por Laffleur. Yo no visto sino á *la dernière*. Aquí no saben cortar un pantalón. Pobre tierra! (Frente al espejo). Qué hermosa figura tengo! Soy un Adónis. Es imposible que Luisa no me quiera. El otro día al pasar cerca de mí, me saludó y sonrió. Esta es la mejor señal para conocer cuándo uno es amado. (Pausa). Qué corbata me pongo? La azul ó la rosada? La azul; es el color predilecto de Luisa. Ay! Luisa, cuánto te amo! (Pausa). Y Pepita? Pobre chica! me ama con delirio. Lo he sabido por la se-



ñora del Coronel K. la cual la oyó una noche en una *soirée*, lanzar unos suspiros tan fuertes, que hacían vacilar las luces del salón. Y así tiene que ser. Qué niña no se enamora de un joven tan galante, tan simpático, tan culto y tan buen mozo como yo? (Pausa). Hoy reciben en casa de doña Presentación. Me han invitado y no faltaré. Y si faltara quién pondría el cotillón? Ninguno. Nadie lo pone con más gracia, ni elegancia que yo. Toma! ya son las diez y cuarto. Qué tarde! voy á ver si doy un corto paseo para abrir apetito.

Paquito toma el bastón y el sombrero, se coloca éste sobre una oreja, se sujeta una rosa lacre en la solapa y se dirige á la calle silbando una contradanza.

#### EN LA CALLE

Llega á la puerta, allí tose, se estira, toma una actitud ridícula (que él cree elegante) y emprende su camino á salticos como si manos invisibles lo punzaran con alfileres por todo el cuerpo. Al verlo tan ridículo, muchos se detienen á mirarlo y él creyendo que lo admiran tose de nuevo, se endereza más y á todo esto añade un *gracioso* movimiento de cabeza que aumenta su ridiculez.

Si alguna persona dice que es un tonto, otro cortado con la misma tijera responde: eso es Ud.; Paquito es todo un caballero, no ve Ud. su distinguida figura, su gracia y su vestido? Si es un hombre de talento! Maldita sea esta tierra donde no se inclinan ante el genio! Aquí ya no se puede vivir. El otro se muerde la lengua y se marcha diciendo para su capote: pobre tierra con semejante generación! Paquito entre tanto se encuentra con un amigo de su mismo corte y entre los dos entablan un diálogo parecido al siguiente:

—Hola chico. Cómo te va?

—Muy bien, chico, y á tí?

—*A merveille*. Qué hay de nuevo?

—Pues hombre que el último número del *Tailleur Moderne* trae otra vez los pantalones angostos.

—Qué lástima! Y yo que tenía dos pares sin estrenar!

—Pues no hay remedio; los tienes que perder, porque hay que someterse á la moda.

—Tienes razón. Hola! mira á Carlos. Qué mal vestido viene!

—Cierto; se conoce que es un bruto. Mira como nos ve; no lo saludemos: no merece el saludo.

—Sí, es un tonto. Vas esta noche á casa de doña Presentación? Rosa irá.

—De veras? Pues no faltaré. Y que hay de Pepita?

—Sigue amándome como siempre. Lo mismo Luisa.

Pues hombre te felicito. Eres un Tenorio.

—Y tú otro. Conque en casa de doña Presentación, eh?

—Sí chico. *Au revoir*.

—*Au revoir*.

Estos dos parisienses en ciernes, se despiden y cada cual coje por su lado pensando en los pantalones angostos y en las chicas que ellos creen enamoradas de sus personas hasta la médula espinal.

Paquito continúa su camino deteniendo á sus amigos (bien vestidos se entiende) para contarles la cosa de los pantalones y negando á los que van mal vestidos su saludo por.... brutos.

Al fin se marcha á su casa donde pasa el día leyendo novelas románticas, *componiendo* (ó mejor dicho, dañando) cuartetos, viendo figurines, hasta las siete. hora en que se viste (con monólogo) y va á casa de doña Presentación donde le veremos dentro de poco.

#### EN EL BAILE

Llega á casa de doña Presentación, alegre, sonriente, emperejilado y haciendo más genuflexiones que un maestro de ceremonias. Su entrada al salón produce el efecto de un obús. Las mamás sufren por sus hijas; la dueña de la casa se ve forzada á dirigirle una *amable sonrisa* y las niñas cuchichean, sonríen y se hacen señales de inteligencia. Paquito cree que ha producido muy buena sensación y dobla el espinazo á más no poder. Las niñas redoblan la risa y el joven se infla hasta reventar; la alegría le sale por las costuras del frac.

Los primeros acordes de la orquesta anuncian un vals; Paquito se dirige (á salticos) á una de las niñas de la casa y después de lanzarle una descarga de amorosos piropos, la saca á bailar. La pobre chica se ve obligada, por cortesía, á aceptar y haciendo esfuerzos sobrenaturales para no reír, se apoya en el brazo de su pedantesco galán. Este aguza su ingenio (muy romo en verdad) para galantear á su pareja y decirle toda clase de tonterías creyendo que son flores del mejor tono. Cuando el vals termina, Paquito conduce su pareja al asiento y entabla con ella un diálogo sobre figurines, vestidos de señoras etc. (pues hasta en esto se mete).

En el comedor trata de mostrar que tiene muy buenas cualidades gastronómicas: no toma sino té y dice mil pesques del chocolate que cree una bebida de bárbaros; que no puede acostumbrarse á la comida de esta pobre tierra, como la llama, etc.

Cuando los postres, alguno que cree á Paquito un hombre de talento juzgando por el vestido, le pide un brindis.

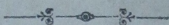
El joven no se lo hace repetir, coge la copa, toma una actitud digna de mejor causa, y recita unos versos, que dice ser improvisación del momento aunque le han costado dos noches de insomnios. Los convidados aplauden.... por aplaudir, y Paquito se encuentra en el pináculo de la felicidad.

Al fin, terminado el baile se retira y al despedirse redobla las genuflexiones y aumenta el número de los piprosos.

Cuando sale á la calle y se dirige á su casa, va convencido de que es el Fénix de los salones y el tipo de la elegancia. Al desvestirse tiene monólogo en el cual pasa revista á las niñas que cree enamoradas de él y se duerme tarareando el Caballero de Gracia, mientras que sirve de objeto de risa á todos los que han asistido al baile.

Medellín, Octubre de 1895.

\* \* \* \*



## RIMA

Entre las cañas que sacude el viento,  
Inquieto mar de movedizas frondas,  
Semeja el muro en su vetusto asiento,  
Peñón que besan turbulentas ondas.

La lluvia hiriendo su desnudo flanco  
Estampa rasgos de parduzca tinta,  
Cual vagos croquis que en el fondo blanco  
Oculta mano de gigante, pinta.

Desde una grieta donde el musgo pega  
Sus paños verdes á la vieja herida,  
Turba el silencio la afanosa brega  
De loco enjambre que en el fondo anida.

Sobre la entrada de la cueva oscura,  
De un sol ardiente al resplandor estivo,  
Con terso brillo de metal, fulgura  
El áureo dorso del insecto esquivo.

Vaga en el muro la luciente abeja  
Y en cada hueco su fulgor sepulta,  
O susurrando al revolar, se aleja  
Y en la corola de la flor se oculta.

Ardor y y vida en el risueño albergue  
Alzan un himno arrullador, sonoro,  
Mientras la ruina, que al caer se yergue,  
Escucha iambable su ruidoso coro.

Así del vate en la agitada mente,  
Entre el escombros de placeres muertos,  
Vive y anima la ilusión ardiente  
Que encuentra abrigo en los despojos yertos.

TOMÁS QUEVEDO ALVAREZ.



## PAVESAS

*A D. Fidel Cano.*

El viejo poeta, el de la blanca barba de ermitaño, señalándome el arpa, que yacía empolvada en un rincón, me dijo :

—Oye, esta arpa ha sido testigo de mis muchas amarguras y de mis pocas alegrías. En otro tiempo, cuando mis versos brotaban de mi pluma fáciles y armoniosos; cuando la diosa Inspiración me prodigaba sus caricias; cuando el sol de mi fama estaba en su mayor brillo, me obsequiaron este instrumento simbólico mis admiradores.

—¿Hace mucho tiempo? pregunté.

—Sí, mucho tiempo, repuso con melancolía, pasándose la mano por los cabellos emmarañados y mirando vagamente como si evocase las visiones doradas de sus buenos días. Mucho tiempo! siguió; tenía treinta años, la edad en que la fuerza intelectual está en todo su vigor. ¿Qué bien lo recuerdo! Ya han pasado cuarenta años, y todavía, al pensar que fui el poeta predilecto de mis contemporáneos, me lleno de orgullo; pero al verme pobre, olvidado y repleto de desengaños, no sé qué deseos lúgubres me acometen: quisiera morir ó volver á ser como entonces el cantor querido de mis compatriotas..... No hay cosa más triste que sobrevivir á la gloria! Es algo así como vivir en un sepulcro, en conversaciones monótonas con los gusanos que roen los manuscritos de nuestros poemas azules y que celebran idilios sombríos sobre tálamos formados con los borradores de las rimas que brotaron de nuestro corazón!.....

—Pero, le interrumpí, en la vejez se sentirá placer recordando las alegrías de la juventud.

—Nada, nada, me dijo con energía, “el recuerdo del dolor siempre es dolor, y el recuerdo del placer nunca es placer.” Los que hemos visto las multitudes aclamándonos; los que hemos oído nuestro nombre pronunciado por millares de bocas, sentimos—cuando se nos relega como muebles viejos—que con la gloria se van girones del alma, fragmentos de la vida!

Aquí el pobre anciano, hundiendo la cabeza entre sus manos, sollozó con amargura. La luz de la bujía, al quebrarse en sus cabellos blancos, le daba tonos fosforescentes á su venerable cabeza longfelliana.

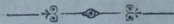
De repente se irguió como si despertase de un sueño, y mientras recorría con pasos vacilantes la habitación, dijo casi delirando:

— ¡ La poesía ! . . . . . ¡ y qué es la poesía ? Una cocotte que se adorna con angaripolas de alquiler. ¡ La gloria ! ¡ y qué es la gloria ? Fuego fatuo ! ¡ El amor ! ¡ Sabes tú lo que es el amor ? Una mezcla informe de miradas, sonrisas, besos y lágrimas . . . . . y olvido ! La vida ! La vida es una ópera en cuatro actos y muchos cuadros: Acto primero: El nacimiento; obertura de llanto. Acto segundo: la infancia; coro de juegos inocentes y de risas frescas. Acto tercero: la juventud; dúo de ilusión y amor. Acto cuarto: la vejez; coro de desengaños. Después . . . . . el epílogo: ¡ La muerte ! marcha fúnebre ! . . . . .

Y el viejo poeta, señalándome el arpa que yacía empolvada en un rincón, dejó rodar una lagrima que se perdió entre las frondas de su barba blanca de ermitaño y exclamó tristemente:

— ¡ Pavesas y . . . . . pavesas !

JULIO VIVES GUERRA.



## BODAS NEGRAS

Sentados á la mesa,  
 Ebrios de amor y dicha,  
 Al compás de la música sonora  
 Que resbalaba en ondas infinitas,  
 Del ánfora de cuero  
 El líquido vertían,  
 Y llevaban las copas á los labios  
 Inflamados como ascua enrojecida.

Las manos en las sienes,  
 La mirada intranquila,  
 Con fatigado aliento suspirando  
 Bajo las pieles de Tibet y Siria,  
 Un hombre . . . nó ! un espectro  
 Que importuno y con rostro de agonía  
 Asonaba las cárdenas ojeras  
 En el recinto de la fiesta olímpica,  
 Sobre el diván sentado,  
 Desdeñoso á tamañas alegrías,  
 A las doradas joyas que oscilaban  
 Y en las flamantes ropas relucían,  
 A los menudos talles vibradores  
 Y á los redondos senos que palpitan,  
 Un espectro en el ángulo aguardaba  
 Con impaciencia viva

La pálida hermosura en cuyo elogio  
Templó mil veces la sonante lira.

Ya en el remoto cielo  
Lento su disco hundía,  
Como un artista guarda su paleta,  
El astro bello genitor del día;  
Y con la noche entraba,  
En la sombra arrollado por las brisas,  
Un enjambre de sueños  
Agitando las múltiples alitas.

—Vén—exclamó la pálida—al regazo  
En que duermen las almas escogidas.  
Vén, que en mi seno puedes  
Hallar la paz hermana de la dicha!  
Tú del festín en la soberbia estancia  
Sientes caer la lagrima furtiva,  
Y aun antes que la enjugues,  
En la árida mejilla  
Como un hilo de perlas quemadoras  
De los hinchados ojos depositas.  
Míra cómo sonríen  
Los convidados. Míra:  
Llevan una aureola  
De rosas en la sien. Y tú, mi vida,  
Un Cristo me pareces, y te veo,  
Con diadema de espinas,  
En la temblorosa diestra  
Puesta la caña do sangró la herida!—

¿Cuándo podré gozar de tus favores,  
Novia de las ternuras beatíficas,  
Y agotar en el cáliz de tu labio  
La embriagadora miel de tus caricias?  
Yo soy el bardo triste,  
Y en tu prez encordo la rota lira.  
En mis oídos zumban,  
Con el rumor perlado de la rima,  
Líricas risotadas  
Que pueblan del festín la sala empírea;  
¡Y mis párpados brotan  
En largo arroyo quemadoras linfas,  
Y llevo, como el Cristo, la cabeza  
Taladrada, y la frente, pensativa!

## POR CUBA

Víctima como tú ; oh hermosa y desgraciada Isla! de todas las injusticias imaginables, comprendo tu desventura, admiro el heroísmo de tus hijos y hago votos fervientes por el definitivo afianzamiento de tu libertad. Siento no poder sacrificar mi vida en aras de tu noble y justa causa, ni contribuir con mi óbolo al alivio de tus defensores heridos ó enfermos— que aquélla pertenece de derecho á alguien que la necesita más que tú, y á éste se le han puesto vallas insalvables ; pero nadie logrará arrebatarte mis simpatías, ni hacer que calle la voz con que te aliento ahora, ni reprimir el grito de inmenso júbilo que lanzaré cuando te vea vencedora, libre y feliz !

Lúcha sin descanso, abate y humilla la quijotesca altivez de tus antiguos y bárbaros dominadores, legítimos descendientes de los que aquí se llamaron Morillo, Enrile, Sámano, Boves y Morales. Ellos han declarado por sí y ante sí que tus valientes defensores son una horda de incendiarios y asesinos, y han jurado ante el mundo tratarlos como tales. No importa : la Historia, que es la Justicia, colocará los nombres de Gómez, Massó, Martí, Maceo, Rolof y demás compañeros de heroísmo, al lado de los de Bolívar. Santander. Sucre, Córdoba, Girardot y demás gallardos adalides de nuestra magna guerra ; y Martínez Campos y sus secuaces no conseguirán jamás eludir el terrible y merecido nombre de verdugos.

Lúcha, lúcha, ¡oh dulce Estrella Solitaria ! Haz la guerra por cuantos medios estén al alcance de tu mano, que la opresión en que te hallas y la clase de enemigos que te asedian, hacen disculpables el puñal, el *machete* y hasta la dinamita misma. . . . ¿ No lo oyes ? Ellos se complacen en el mal que te hacen, te declaran fuera de toda ley y pretenden ahogarte en sangre. Pues bien : haz lo mismo con ellos : véncelos, pulverízalos, anonádalos ! Olvida por algún tiempo la misericordia y ten presente sólo la venganza, que es la base de la justicia. Después vendrá la victoria, y con ella la República y el generoso olvido. Y si sucumbes? . . . Ah ! si tal fuere la infausta suerte que te reserva el destino, que tus enemigos no hallen en tí otra cosa que estéril y calcinado peñón, habitado por la fiebre amarilla y combatido constantemente por las olas del borrascoso Atlántico !

Medellín, Enero 1º de 1896.

GABRIEL MEJÍA.



## LO PERDURABLE

*A Camilo Botero Guerra.*

Por la flor de los labios, derramada  
 Tenía siempre Luisa  
 La miel de la niñez en la sonrisa;  
 Debajo de su frente,  
 De casta nazarena,  
 Dos globos de azabache reluciente  
 Colocados en flores de azucena;  
 Había en sus mejillas,  
 Manando amor, dos lindos vertederos,  
 Olor de gramonillas,  
 Y arreboles, de dicha mensajeros;  
 Trasunto era su rostro  
 De Venus figurada,  
 Con la hermosura á la virtud atada....  
 Mas no duró la virgen inocente  
 Con su belleza. El tiempo diligente  
 Destruyó, cual destruyen los aludes  
 Los árboles y plantas quebradizos,  
 Aquel conjunto seductor de hechizos;  
 Y sólo se salvaron las virtudes.

F. E. V.

Antioquia de 1892.



## ¡DEMASIADO TARDE!

—“Musa mía, cúbrete con tu velo azul color de cielo, casi ténue como los suspiros de los ángeles; destrenza tus cabellos de oro; toma la concha nacarina y atornasolada, recoge en ella un poco de agua cristalina del mar Poesía, y viértela gota á gota en mi cerebro. Quiero producir rimas tiernas, rimas apasionadas, como las de aquellos soñadores del Rhin. Quiero hacer versos fuertes y bellos, versos de acero y oro. Quiero derramar torrentes de armonía, como la que brota del alma de un poeta de sueños azules.

“Vén, no tardés, musa mía; baja en un rayo de luna, en un pliegue de brisa, en una nube de ópalo.”

Así exclamaba aquel poeta, nostálgico del cielo, amante de la gloria. Así llamaba á su musa esquiva, para que bajara á inspirarle canciones áureas y melodiosas.

\*  
\*  
\*

La musa no llegaba—¡qué había de llegar!—y el poeta Endoro seguía sentado en el sofá color de rosa, con la pluma



de cisne entre los dedos y en actitud de escribir. De cuando en cuando, un suspiro se escapaba de su pecho, suspiro triste como el de una princesita rubia de un cuento de hadas que aguardara impaciente al paje trovador, suspiro que salía acompañado de estas palabras pronunciadas con melancolía:

—Te obstinas en no venir, musa adorada.... ¡Me privas de la gloria!

Después dejaba deslizar la pluma por el papel, leía y borraba. Decididamente, lo que escribía no era digno de un pensador.

Una hora hacía que Eudoro esperaba; pero ella, la musa, no venía porque en esos momentos estaba derramando licor diamantino en el cerebro de otro poeta, que no lo necesitaba.

Las musas y las mujeres son iguales: desprecian á quien las ama, y quien las desprecia, es el mimado, el preferido.

\*  
\* \*

Y Eudoro, cansado de aguardar por tanto tiempo, tomó un pomito que estaba sobre la mesa y se bebió el contenido de un sólo trago; luego, descendiéndose su ya seca corona de laurel, la hizo trizas. Una convulsión se apoderó de su cuerpo.... Después, cerrando los ojos y profiriendo palabras incoherentes, cayó del sofá color de rosa y rodó por el pavimento!....

\*  
\* \*

Al día siguiente, cuando un amigo del poeta, recogía el cuerpo de éste, sintió de repente ruido de alas. Era la musa que—demasiado tarde—venía á acariciar al que tanto le había aguardado. Traía su velo azul color de cielo, casi tenue como los suspiros de los ángeles; su cabello destrenzado formaba nimbo de oro á su frente marmórea; en sus manos la concha nacarina y atornasolada rebosando licor diamantino.... ¡Esta encantadora la musa esquiva!

Cuando vio el cadáver del poeta, rodó por sus mejillas una lagrima cristalina que al detenerse en sus labios de anémona, formó como una sinfonía de perla y rubí. Sentía remordimiento por haber sido tan cruel.

Quiso retirarse, pero antes, viendo el cadáver de Eudoro, que ostentaba una palidez eucarística, al ver esa frente donde el genio fulguraba á través de la sombra de la muerte, ella—la musa esquiva—vertió en los ojos del poeta el líquido diamantino que rebosaba en la concha nacarina y atornasolada, mientras decía:

—¡Demasiado tarde!.... Adiós!

Después, salió volando, envuelta en su manto color de cielo, casi tenue como los suspiros de los ángeles.

LEÓN BEL.

## NUESTROS ARTISTAS

Aquí en Antioquia llamamos artistas en literatura á gentes que seguramente no tienen de la expresión ni siquiera una de sus tan variadas acepciones. Viven holgadamente y como nada los preocupe en serio á ese respecto dejan que el tiempo corra apacible hasta que se necesite su valiosa cooperación en los asuntos literarios, no acalorándose en los intervalos el cerebro, para que á su tiempo el fruto esté maduro y sávido al paladar del público que lo devora. Como que no es esta tierra la capital del arte ni las mujeres de los supradichos tendrán qué enfadarse, como las que pinta Daudet, por las travesuras artísticas con sus maridos. No son artistas por temperamento sino más bien por aclimatación. Esta apatía, ó mejor, retraimiento, por el objeto que constituye la perfección ó aproxima á ella, es la razón, á nuestro ver, de que las obras de nuestros literatos no estén siempre á la altura de su ingenio y de que las más sean triviales é insulsas producciones como las que se destinan en el comercio para la exportación en grandes cantidades.

Pero todas estas desafecciones son en cierto modo justificables y mucho, si se atiende á que hay que subvenir á las necesidades diarias que comportan nuestra posición social y los elementos que se requieren para nuestro progreso y engrandecimiento puramente material. Lo que sí debe suceder es que ó se atiende con formalidad ó se rechaza por mal administrada toda empresa que no alcance la atención que necesita; porque es de todos aspectos odiosa esa poligamia que consiste en dedicarse á todó y que no permite sobresalir en nada, sino que por el contrario embota el entendimiento y paraliza la inteligencia con las nociones heterogéneas que suministra. Hecha salvedad de los periodistas, que más bien son obreros que artifices, y algunos de los cuales viven honradamente de su trabajo, los que se dicen literatos se limitan á conjurar la urgente necesidad de obras sin tener en cuenta que para que éstas sean meritorias deben llevar en sí el incentivo de la factura perfecta que sólo se consigue con detenimiento y estudio esmerado tanto de los detalles como del principio activo que se trata de desarrollar.

Lombroso, Ferri y otros muchos de la escuela, se esfuerzan diariamente en probar que los verdaderos artistas ya sean literatos, músicos ó pintores, no son más que pobres seres degenerados y que en mucha parte de su labor, si no en toda obedecen ciegamente al desequilibrio celular que existe en sus cerebros produciendo muchas veces enormes edificios equilibrados con su poder creador ayudado del refinamiento y la conformación física que los hace ser verdaderos portentos del arte que no está al alcance de todos. Para ellos no hay verdadero poder del espíritu, ni abstracción sola, ni único talento y dispo-

siones especiales; los que descueñan de cualquier modo que sea, atrayéndose la atención de las masas lo deben á una especie de estado mórbido que no depende de ellos aunque en algunos genios sí sea creado por la intimidación con los yá contaminados y sus relaciones perniciosas por cierto aspecto en cuanto se refiere á su destino. El gran Emilio Zola es un desequilibrado, á su modo de ver, y Maupassant lo probó tristemente más de una vez teniendo que soportar la camisola de fuerza y la dirección inmediata de alienistas muy notables, antes de ser precipitado al abismo del aniquilamiento de su ser.

No sabemos, á pesar de todo lo que se ha dilucidado esta importante cuestión, á qué atenernos respecto á la verdad ó falsedad de tamañas aseveraciones, pero es deplorable ese pesimismo sublime que nos induce á creer que el esfuerzo constante y la perseverante aplicación á alcanzar los supremos fines que debemos proponernos nada producirán sino se acompañan de la consiguiente enucleación del pensamiento dislocando las ideas de su riel natural; que se requiere ser enajenado para poder dar á luz los positivos hechizos y la bien pulida y natural literatura que se descubre en los *Cuentos á Ninón* y la realidad palpitante y extremada á veces, y el espíritu de análisis frío de los acontecimientos comunes que aparecen en muchas de las novelas de la serie de los Rougon-Macquart; qué el Flaubert que tenían por loco los que al pasar por su granja lo oían recitar en alta voz sus páginas impregnadas de belleza artística, lo era verdaderamente.

Y para mayor abundamiento, la pléyade de literatos que ha surgido, en nuestras ciudades del litoral aboga en favor de la teoría antes expuesta, con las frases "sublimemente anárquicas" que diría Bolet Peraza, y los refinamientos, la "jactancia retórica", y la inundación de palabras y vocablos enteramente inusitados hasta hoy para los que han tenido la dicha de crecer hablando castellano.

No queremos, ni necesitamos que nuestros literatos sean degenerados, que al producir sus obras sólo obedezcan al fatal impulso de su organización especial; sólo deseamos, y no se dé otra interpretación á nuestro dicho, que haya mayor abstracción en los noveles escritores para que así siendo pulida y bien desbrozada la pieza salga con más brillo y tenga por consiguiente mayor aceptación. Entonces la conciencia entrará por más en las producciones mentales; la labor aunque más ardua será más productiva y prestando atención á lo que apuntamos podrá presentar esta tierra dentro de poco una enciclopedia sobria, digna y á la altura de sus aspiraciones.

En Europa y en los países que nos envían el reflejo de su civilización y de su grandeza, todo aquel que se empeña en la lid lo hace con todas sus fuerzas, con sus facultades todas, y atrayéndose todos los elementos que puedan cooperar á su re-

nombre futuro. De aquí que los que son aceptados sean más escasos; que entre tantos llamados haya tan pocos escogidos y que la algazara que producen los *amateurs* en sus diarios, folletos y otros medios de mostrar sus áridas imaginaciones no pases del nivel que alcanzan siempre los derroches de gacetilla.

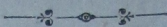
No se necesita suspicacia, ni honda penetración para ver de advertir y señalar aunque sin las más leves pretensiones de corregir un hábito pernicioso y profundamente inveterado en nuestros escritores que principian á hacer sentir su influencia en la corriente intelectual que purifica los yacimientos de nuestra pasada inercia. Queremos hablar de la costumbre que más y más se va generalizando, de encubrir los verdaderos nombres de los que escriben con otros supuestos y forzados, extraídos con mucha premeditación del caudal abundante de nombres que llevan los personajes de las novelas ó de la Historia. Nuestras revistas literarias más parecen un teatro de carnavales que los focos de donde irradian las luces del progreso y de la civilización. Todos llevan su careta que los encubre hasta los ojos como si fueran más bien que inocentes aficionados á colaborar con su ciencia y sus facultades al engrandecimiento de la patria, criminales perseguidos por la ley porque tuvieran un laboratorio para confeccionar granadas explosivas ó vivieran de socavar los rieles en las vías públicas para hacer volcar los omnibus. Indagan, se esclavizan de la forma de sus escritos, gastan todo su vigor sobre una mesa de escribir, pestañeando hasta altas horas de la noche ó dejándose sorprender por la aurora sobre un diccionario ó cualquiera otro libro de consultas todo eso para poner al fin de la obra y en un reducido lugar á la derecha un nombre que no es el propio y que muchas veces no sugiere idea ninguna pues no es ni siquiera el de un ser racional.

Bien sabemos que se invoca para santificar esta obstinada aberración, que nada sostiene, la modestia ó mejor dicho el miedo de que la sociedad conozca el nombre del verdadero autor de un artículo cualquiera. ¿Pero es que ha de ocultarse bajo un falso nombre cuando lo que se da al consumo no contiene ideas precisas ni contra la moral, ni contra la dignidad? Si esto se hace porque el autor sospecha que su trabajo está mal elaborado, debe ante todo no dejarlo ver de nadie—más que someterse al despecho íntimo de una recriminación justísima á lo que para nada sirve.

No concebimos lícito el procedimiento que reprochamos sino cuando se ataca y se temen los tiros del adversario, pero nunca cuando se escribe para el público por mera satisfacción propia, por deseo de adquirir fama ó por la voluptuosidad que en sí lleva el acto en los verdaderos artistas que nos solazan con sus obras. Por otra parte, supuesto que alcance mérito y

popularidad un nombre ; qué será más agradable, que sea el propio ú otro cualquiera elegido al capricho y conservado por mera obstinación?

JESÚS FERRER.



## NONES

*A Julio Vives Guerra.*

### I

Olé, qué garbo !  
 Su lindo talle  
 Cómo se muestra  
 Por esas calles ;

Con qué fineza  
 Viste de cola ;  
 Cómo la arrastra....  
 ¡ Jesús, qué mona !

Qué ensortijado  
 Lleva el cabello  
 Sobre la frente  
 Y cómo es negro ;

Su linda boca  
 Qué sal derrama  
 Sobre sus labios....  
 ¡ Ujui, que gracia.

Y cómo luce  
 Blanco pañuelo  
 Con florecitas  
 De limonero.

Ay, y que guiños !  
 Risa más cuca,  
 Y esos ojitos  
 Cómo me gustan.

### II

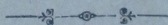
—Vivan las gentes  
 De buen jaleo,  
 Viva tu madre  
 Lindo salero!

—Sigo tus pasos  
 Surifña hermosa ?

—“ Non, señorito,  
 Yo me voy sola !”

CARLOS ESPINELA.

Medellín, 1895.



## TIEMPO FELIZ

En casa de Doña Mariana había aquella noche varias personas de visita ; la recepción era de confianza : estaban en el corredor, á media luz, conversando alegremente sobre asuntos de familia.

La conversación fue interrumpida momentáneamente por la llegada de una sirvienta de la vecindad en busca de una niña, la rubia Margarita, de diez años de edad, que jamás anochece en su casa.

Doña Mariana sin moverse le dijo á la sirvienta.—Por ahí adentro debe de estar en compañía de Julio, puedes entrar á buscarla.

Del giro que en seguida tomó la conversación resulta la historia de dos niños.

\* \* \*

Tres años hacía que la familia de Margarita se había pasado á la casa vecina. Desde entonces Julio y Margarita, niños de la misma edad, anduvieron siempre juntos. Daba gusto verlos en la calle, iban á la escuela como dos hermanos, conversando sobre todo lo que veían, interrogando á los grandes sobre aquello que les parecía extraño; trataban de leer los carteles que estaban fijados en las esquinas, ó se detenían un rato á mirar los objetos vistosos de los almacenes y luégo Margarita echaba á correr, ágil, con los pies desnudos, dejando ver bajo la corta falda el borde de los pequeños pantalones; Julio corría tras ella y al darle caza, se estrechaban. El muchacho ensayaba burlas contra las gentes y la niña le celebraba y repetía, entre sonrisas maliciosas, los términos extraños hasta aprenderlos de memoria.

Antes de almorzar jugaban un rato, casi siempre en el patio del baño en casa de Margarita, echando á nadar pedazos de madera ó barquichuelos de papel. Si lograban coger el perro —un faldero consentido—lo mojaban y se divertían con él, haciéndole mil injurias. Otras veces iban al jardín de la casa de Julio á buscar fresas, ó á coger flores en aquel jardín fresco como la infancia, lleno de rosas, violetas y margaritas.

El más largo rato de su vida común era después de medio día; salían temprano de la escuela, disponían de toda la tarde y jugaban en grande. Cuando la niña estaba con sus amigas miraba á Julio de lejos, y, si éste, impaciente, quería tomar parte en el juego, lo rechazaba:—Vete á jugar con los hombres, *Marrico*. Entonces él proponía que jugaran á novios y en pareja con un hermano de Margarita ó con algún otro niño, imitaba las piruetas de los enamorados; las niñas se ponían faldas largas y muy serias remedaban las contorsiones encantadoras de las coquetas; adoptaban posiciones lánguidas y parodiando el gesto de las hermanas mayores cantaban versos amorosos con voz torpe y tono dulce. Pero los mejores juegos eran los que tenían algo de campestre. Ora en la casa de enfrente, donde había un patio grande, sin empedrar y cubierto de menuda yerba; allí eran los juegos ruidosos: se reunían bastantes niños de ambos sexos, formaban ruedas, remolinos, pelotones, y caían al suelo y se revolcaban, Julio siempre trataba de quedar abrazado á Margarita.

Ora, se iban los dos solos á una arboleda; la niña que tenía locura por las frutas se trepaba inmediatamente á los árboles y el muchacho temeroso de una caída, se quedaba al pie viendo á la pequeña rubia subir como un pajarillo por las ramas.

Les gustaba mucho jugar al escondite cuando los dejaban solos en alguna de las dos casas; entonces los dos niños, Julio

y Margarita, solicitaban de los otros el permiso para esconderse juntos y pegados el uno al otro aguardaban á sus compañeros debajo de una cama ó entre un nido de trapos viejos.

Tres años llevaban de intimidad, tratándose casi siempre con cariño propio de enamorados, aunque también tuvieron sus peleas y se insultaron como marido y mujer. Los disgustos surgían cuando pasaban juntos muchas horas, casi sin motivo, por cualquiera golosina. Es una pareja simpática—decía la madre del muchacho—la niña blanca y rubia, con esos ojos claros y expresivos ha conquistado al varoncito que trata de disimular sus inclinaciones pero aunque gasta mucha seriedad no puede contenerse, la persigue á todas horas.

\*  
\* \*

La tarde de aquel día estuvo cálida, perfumada, con un cielo de seda finísima, brillante y azul. Margarita y Julio estaban solos y se fueron á jugar al jardín.

Era un parque sin cultivo, de casa antigua, pero fecundo, desbordante, variado y lleno de esencias. Aquella tarde se había estrenado Margarita una bata de muselina azul y la cuidaba mucho para conservarla limpia. No quiso jugar de manos y se sentó con cierta languidez; tenía el deseo instintivo de ser admirada. Julio cogió muchas fresas y las regaló á Margarita.

Aquellos niños, como los botones de rosa, estaban gozando las voluptuosas caricias de la belleza ambiente.—Margarita—le dijo el muchacho—ya es hora de que vengan á llamarte, vámonos para adentro. Y se entraron corriendo, temerosos de la noche.

\*  
\* \*

En el corredor la conversación había recaído sobre otro asunto cuando la sirvienta que andaba en busca de la niña volvió gritando:—Doña Mariana, el niño Julio y la niña Margarita....

—Pero qué fue, muchacha, por qué haces tanto ruido?

—Venga pronto y verá.... el niño Julio y la niña Margarita....

La señora un tanto sobresaltada acudió al llamamiento. La cosa era digna de verse. Allá en el cuarto más alejado de la casa Julio y Margarita habían hecho cámara nupcial y se prodigaban besos apasionados.....

Eran las nueve de la noche. Las personas que estaban en el corredor hablaron hasta las diez sobre la precocidad y las influencias del clima.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

Medellín, Enero de 1896,

## PARRAFOS LITERARIOS

## IV

## "SELVA"

(POESÍA POR D. DIEGO URIBE).

Esta notable composición es una voz de aliento muy oportuna ahora, cuando el espíritu pesimista está invadiendo el templo de las artes formándole un ambiente que asfixia. Si se dejara propagar esa niebla gris de la infelicidad—quizá consecuencia de la hora política que atravesamos en Colombia—el nublado sería funesto para las letras del porvenir.

En versos muy bien hechos empieza el poeta por enumerar los encantos de la selva y su tranquilidad envidiable. Luégo nos dice lo que en la selva no hay: las miserias y pasiones del corazón humano y los contrastes sociales; nos cuenta que allá no se vé la humanidad con sus grandes y sus pequeños, que allí no existe el palacio con habitaciones de oro á cuyas puertas se sienta el mendigo que no tiene más brillantes que sus lágrimas, ni más fruiciones que los espasmos del frío y del dolor. Pero en la enumeración de lo que no hay en la selva el poeta de pronto se detiene. . . ., porque nota que también en la selva existe la lucha por la vida, el contraste animal de los débiles que perecen á garras de los fuertes, y describe la lucha concisamente sin concluir de allí la desgracia general como ley. Él habla solamente de la lucha que, como choque de fuerzas, es digna y engrandece. Y acaba con tres estrofas de aliento que son como una sacudida violenta á los que desfallecen, para que se levanten y sigan el camino. Esas tres estrofas debíamos aprenderlas de memoria los jóvenes que siempre abrigamos la esperanza de ir muy lejos. Ojalá renaciera entre nosotros el género *profético*, un género de literatura muy bonito que los antiguos hebreos llevaron tan alto que aun hoy se reputan esos libros como engendro de la inspiración divina. Cuando el pueblo de Israel estaba abatido por las persecuciones de sus enemigos era consolado por algún profeta que le auguraba felicidades futuras. Cuánta necesidad tenemos nosotros de profecías!

Felicitemos á D. Diego Uribe.

A. J. M.

DECRETO NÚMERO 151 DE 1888

sobre prensa.

4º Que el juicio de controversias entre particulares corresponde al Poder Judicial, mientras que la conservación del orden social y de la paz pública está especialmente encomendada al Gobierno;—(Continuará.)